



La simbólica de la formación religiosa latinoamericana

Luis Eduardo Fiori¹

Universidade Federal do Rio Grande do Norte (UFRN)

RESUMEN

América Latina sigue siendo, por los 500 años desde su invasión por los europeos, escenario de incesantes vilipendios protagonizados por el vicioso matrimonio del poder civil con el poder eclesiástico. La inteligencia católica, no solo conocedora de la lógica interna del raciocinio del periodo colonial, sino que constituyéndose ella misma la formadora de esa lógica, en conjunto con el poder civil constituido, fue responsable por el sustrato cultural cristiano que domina nuestro territorio hasta hoy. Para lograr tan efectivo dominio, sacerdotes y altos prelados no economizaron esfuerzos y tampoco recursos de los más variados. Y, el resultado de su labor, fue la casi completa aniquilación de las culturas autóctonas, con sus lenguas, religiones, organizaciones sociales, tradiciones, cosmogonías, folclores etc. Este trabajo objetiva analizar cuál es el saldo resultante de los quinientos años de cristianismo mayoritariamente católico en América Latina y tendrá como eje las obras *Sor Juana Inés de la Cruz, o la trampas de la fe* y *El laberinto de la soledad*, ambos de Octavio Paz, en que se habla de “extirpación de la memoria” cuando se refiere al hecho de los católicos haber construido sus templos muchas veces sobre las ruinas de los templos aztecas, incas, mayas etc. aprovechándose de lo sagrado de los espacios. Ese tipo de usurpación es ilustrativo de las prácticas eclesiásticas en nuestra América Latina, ¿qué podemos hacer, entonces, para revisar nuestra historia y para poder proponer nueva lectura del papel de la iglesia en nuestra formación civilizacional? ¿Es posible pensar nuestra americanidad fuera de las balizas que el cristianismo nos impone con su ética, moral y sus códigos de conducta? ¿Es posible secularizar de hecho nuestras instituciones? ¿o la raigambre cristiana ya no permitirá que nuestra conciencia navegue las aguas del libre pensamiento?

Palabras clave: Colonialidad. Catolicismo; América Latina; Formación.

RESUMO

A América Latina continua sendo, nesses 500 anos desde sua invasão pelos europeus, cenário de incessantes vilipêndios protagonizados pelo vicioso casamento do poder civil com o poder eclesiástico. A inteligência católica, não apenas conhecedora da lógica interna do raciocínio do período colonial, mas também, constituindo-se, ela própria, a principal formadora dessa lógica, em conjunto com o poder civil constituído, foi responsável pelo substrato cultural cristão que domina nosso território até hoje. Para granjear tão efetivo domínio, padres e altos prelados não economizam esforços e, tampouco, recursos dos mais variados. E, o resultado de seu labor, foi a quase completa aniquilação das culturas autóctones, com suas línguas, religiões, organizações sociais, tradições, cosmogonias, folclores etc. Este trabalho objetiva a analisar que saldo resulta dos quinientos anos de cristianismo majoritariamente católico na América Latina e terá como eixo as obras *Sor Juana Inés de la Cruz, o la trampas de la fe* e *El laberinto de la soledad*, ambos de Octavio Paz, em que se fala de “extirpación de la memoria” quando se refere ao fato de os católicos terem construído seus templos muitas vezes sobre as ruínas dos templos astecas, incas, mayas etc. aproveitando-se do sagrado dos espaços. Esse tipo de usurpação é ilustrativo das práticas eclesiásticas em nossa América Latina. Que podemos fazer, então, para revisar nossa história e para poder propor nova leitura do papel da igreja em nossa formação civilizacional? É possível pensar nossa americanidade fora das balizas que o cristianismo nos impõe com sua ética, moral e seus códigos de conduta? É possível secularizar de fato nossas instituições? Ou, o arraigo cristão já não permitirá que nossa consciência navegue as águas do livre pensamento?

Palavras chave: Colonialidade. Catolicismo; América Latina; Formação.

La historia tiene la realidad atroz de una pesadilla; la grandeza del hombre consiste en hacer obras hermosas y durables con la sustancia real de esa pesadilla.

Octavio Paz

Introducción

¿De qué sustancia espiritual fue gestada la personalidad latinoamericana? Hay que tener presente que las dimensiones geográficas y variedad cultural de ese enorme cuadrante del planeta no permiten generalizaciones, sin embargo, no parece equivocado proponer que somos una amalgama de confluencias religiosas de matices variados que se acomodaron en nuestra formación en cuanto civilización y que nos ha provisto con una mundividencia más o menos uniformada en la casi totalidad de ese espacio. Lo que pasa, entonces, es que las proporciones con que cada creencia contribuyó para la composición de la aleación resultante de tantas confluencias no fueron isonómicas. El catolicismo tuvo papel mayoritario, pero, no porque cayó en las gracias de las gentes, sino por fuerza de la espada y autoridad represora constituida.

Desde el siglo IV, en Europa, cuando el emperador Constantino empezó a concederle al cristianismo status institucional dentro del Imperio Romano, otorgándole potestad compartida con el poder civil, su papel fue mucho más que mayoritario y el, a principio,

catolicismo primitivo, y después, catolicismo consolidado, dominó el escenario religioso del mundo occidental formando un imperio durable e implacable. Y como culto oficial de los colonizadores europeos, buscó como pudo prohibir la difusión de otras creencias, volviéndolas clandestinas o, de plano, exterminándolas.

A partir de la biografía *Sor Juana Inés de la Cruz, o la trampa de la fe* y del libro de ensayos *El laberinto de la soledad*, ambos del mexicano Octavio Paz, se tendrá el concepto de “extirpación de la memoria” como eje de análisis en este estudio. Como propuso Herder, todo periodo histórico, impulsado por su misma naturaleza, fecunda su propio *Zeitgeist*.
Entonces, la simbólica de un determinado constituyente histórico será el producto natural del horizonte de verdad que domina su época. En otras palabras, la autoridad católica tuvo no solo la perspicacia de buscar conocer profundamente la lógica interna del razonamiento del periodo colonial de América, sino que entendió que debía hacer lo mismo que hizo en Europa: constituirse a sí misma la formadora y manipuladora de esa lógica. En ello tuvo gran éxito, porque hasta hoy (aunque alguna secularización institucional haya ocurrido) su presencia (y adoración) se ve muy marcada en nuestro cotidiano.

Proveer datos, entonces, para buscar entender el sustrato cultural resultante de la dominación cristiana en lo que llamamos

América católica será el punto fulcral de este estudio.

El mundo y el trasmundo

La creación de universidades controladas por dominicos, jesuitas, agustinianos etc. en la América hispánica desde el siglo XVI, o sea, luego de la llegada de los colonizadores tuvo como una de sus principales motivaciones la difusión de ideales contrarreformistas en detrimento de cualquier posibilidad de permitirse el avance de la reforma protestante europea por tierras latinoamericanas, (DEVEZÉ, 1976, apud AGUIAR PEREIRA, E. M. 2008, p. 56). La administración eclesiástica siempre tuvo clara conciencia de que monopolizar los medios educacionales era fundamental para darle a la sociedad una formación que a la vez le sirviera de portaestandarte de sus proyectos “evangelizadores”.

En cambio, hay los que proponen que el cristianismo en Latinoamérica, a través del catolicismo, aunque por métodos no siempre ejemplares, ha logrado garantizar a lo largo de los siglos la integración del indígena a la sociedad civil que se estableció por aquí, mientras que en América del Norte los autóctonos fueron masacrados sin una preocupación de catequizarlos. Octavio Paz en ensayo escrito en 1950 dijo:

Por la fe católica los indios en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. Esa posibilidad de pertenecer a un orden vivo, así fuese en la base de la pirámide social, les fue despiadadamente negada a los nativos por los protestantes de Nueva Inglaterra. Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos. La huida de los dioses y la muerte de los jefes habían dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para el hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte. (1994, p. 129)

Creo que no se puede negar la actuación comunitarista, de matiz gregario de la iglesia católica por todo el periodo colonial de América (e incluso hasta hoy). Sin embargo, tampoco se podrá negar que bajo la máscara de los propósitos evangelizadores o civilizatorios, se anidaban objetivos bien encadenados que incluían el poder de establecer los padrones morales dentro de las sociedades, en conformidad con sus proyectos económicos y, asimismo, la búsqueda incesante de ampliaciones latifundistas.

Por lo tanto, los católicos más bien que darle al indígena un espacio dentro de sus estamentos, tuvieron como meta usarle como medio para volver efectivo su anhelo de dominación. Paz propone que “Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos”, estoy de acuerdo, pero, se olvida también que fueron los mismos católicos los que les

usurparon a los autóctonos su propia y milenaria cosmogonía, su tradición religiosa y su sitio en el Cosmos. Por lo tanto, los católicos no les daban un espacio, sino les restituían con un espacio ya moldado por su injerencia. Y lo de dictaminar padrones morales a los ciudadanos resultó en un molde para el razonamiento, o sea, nosotros en latino-américa, pensamos, aunque algunos no queramos asumir, cristianamente.

La idea piadosa de que el catolicismo le garantizó al natural de América Latina un consuelo en un momento de sufrimiento que fue el periodo colonial sí puede ser tomada como procedente, pero no antes de considerarse un conjunto de salvaduras. La más importante de ellas es el hecho de que esa religión era impuesta a las personas, o sea, ser católico no era una opción, sino una obligación para que uno fuera acepto en la sociedad, y, además, como ella decidía cual nacimiento era legítimo o ilegítimo, y, asimismo, estaba acreditada a emitir actas que les daban alguna ciudadanía a las gentes del pueblo, todo estaba bajo su control.

Para alcanzar sus blancos, la inteligencia católica supo manejar a la perfección no solo la dosificación de fascinación y de terror sobre el pueblo, sino también administrar la negociación del trasmundo volviéndolo moneda de cambio con lastre en una fe que le fue impuesta al autóctono a principio por violencia y, luego, a través de la seducción propiciada por los ingenios retóricos.

Bartolomé de las Casas, ¿héroe o estratega?

La catequización de indígenas en Hispanoamérica tuvo como una de sus principales personalidades el español Bartolomé de las Casas, que vino joven a Quisqueya (renombrada por Colón como La Española, actualmente la isla de Santo Domingo y Haití) en 1502, a principio como doctrinero. Tras corto periodo se volvió encomendero y luego fraile dominico. Impresionado por un desafiador discurso (*Sermón de adviento*, proferido por Antonio de Montesinos en 1511 en la capital de La Española) en defensa de los indios y en contra a los maltratos que los autóctonos sufrían por parte de los colonizadores crueles, las Casas se dio cuenta de que los métodos empleados por los españoles para tratar de someter a los naturales de América se volvieran una verdadera masacre, una vez que ellos, en su mayoría, no aceptaban ser sometidos y preferían morir huyendo o recurrir al suicidio en lugar de doblegarse a la servidumbre.

68

... todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos

que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado [en] que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo (Antonio de Montesinos)ⁱⁱ

Arrebatado por el discurso inflamado de Montesinos y por ser, él mismo, testigo de tal verdad, el joven Bartolomé entonces dejó sus encomiendas y logró entrar para la orden de los dominicos y por toda su larga vida (por lo menos 82 años) va a luchar a través de discusiones en tertulias en defensa de la evangelización de los indios en lugar de su esclavización, como por ejemplo, en la Junta de Valladolid en 1550 en la *Polémica de los Naturales*.

En un primer vistazo, las Casas será considerado un héroe, defensor de la causa indígena, pero, luego de conocerse más detenidamente las circunstancias que determinaban los despliegues de su momento histórico, uno se da cuenta de que el dominico no fue exactamente un protector de los indios, sino, más bien, un estratega que entendió que el más eficiente método (indirecto) de esclavización sería la evangelización y consecuente aculturación.

El autóctono evangelizado fue domesticado, tuvo el panteón de sus dioses

paulatinamente asimilado por los santos y por el Dios católico, o sea, la idolatría “pagana”, a fuerza, dio lugar a la idolatría santera importada de Europa, lo que desarrolló un proceso civilizacionista que le dio al indígena una identidad cristiana al costo de la extirpación de su memoria cultural original.

Todo eso se pasó a lo largo de dilatado plazo en que el sincretismo religioso fue sostenido también por motivos estratégicos. Una parte de la iglesia (los jesuitas, especialmente) desde el principio entendió que hacía falta aprender las lenguas de los indígenas en lugar de imponerles el español, para lograr penetrar su mundo sin causar tanto extrañamiento. Igual, entendieron que los autóctonos necesitarían un 69 plazo largo para asimilar el trasplante de la religión europea para dentro de su corazón. Así, los sacerdotes usaron la práctica de fingir que no sabían que tras adorar al Dios católico en la iglesia el indígena iba a adorar secretamente a sus propios dioses en la casa. Los líderes eclesiásticos tuvieron presente desde tiempos tempranos que la evangelización no podía hacerse efectiva de golpe y que cada generación que naciese se vería más distante de la cultura religiosa ancestral, o sea, el tiempo sería el cirujano que le quitaría lentamente al indígena su identidad cultural milenaria para luego transfundirle sangre católica.

Toda esa ingeniería planificadora fue pensada no por uno u otro clérigo, sino

desarrollada colectivamente a través de discusiones, consejos, concilios y análisis en conferencias cumbres de la experiencia traída de lejos de España. Se recolectaban datos de los más remotos rincones de sus dominios para luego decidir cómo actuar, ese conjunto de medidas bien coordinadas, formó una enorme red de influencias sobre el poder civil instituido que todo controlaba, en un proceso de confiscación intelectual como propuso Paz, refiriéndose a Nueva España:

La transformación de una divinidad prehispánica como Huitzilopochtli en un caudillo legendario se explica dentro de esta política de confiscación intelectual. Para los franciscanos y los primeros misioneros, los dioses aztecas eran demonios; para los jesuitas y sus ideólogos como Sigüenza y Góngora, eran personajes históricos. Los franciscanos querían acabar con las antiguas religiones mientras que los jesuitas querían utilizarlas. (1999, p. 209).

Y esa “confiscación intelectual” que me complace traducir como un “gravamen asimilacionista” opuso el espíritu predatorio franciscano al espíritu sincretista jesuita. Como ejemplo de tal expropiación se puede registrar la (para la iglesia) conveniente aparición, en un pequeño adoratorio a la diosa azteca precolombina Tonantzin en el cerro Tepeyac, de la Virgen de Guadalupe en la forma de una joven indígena venida desde el nada para ser consagrada como la variación americana de la Guadalupe española, adorada por los conquistadores castellanos (GONZÁLES, 2008, p. 59). La niña, según la fe católica, tendría

aparecido al indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin en un episodio místico. Con eso, los católicos le usurparon a la diosa azteca no solo el papel de amada madre de los mexicanos, sino su mismo sitio de adoración que desde entonces pasó a pertenecer a Guadalupe, patrona de México, mientras que Tonantzin está consignada a casi total olvido.

Tal perjuicio ya no se puede deshacer porque para los mexicanos creyentes en el catolicismo, Guadalupe es una santidad que se materializa en sus éxtasis religiosos, por lo tanto, cobra status de realidad incontestable y es el producto cultural más íntimo de su formación social.

Iglesia y Estado: dos yugos sobre las espaldas de los ciudadanos

70

En la obra *Sor Juana Inés de la Cruz y el último de los Austrias* Octavio Castro

Lopez propone que en el periodo colonial mexicano Estado e Iglesia conformaban dos yugos que las gentes tenían que soportar:

No se exagera cuando se afirma que una sociedad de esta índole tiene sus dos yugos: el Estado y la Iglesia, fuertemente imbricados en los casos que conviene, opuestos allí donde chocan sus intereses. Insistamos en el móvil que los acerca y los cautiva: el poder. Manejando el valor del trasmundo que, tarde o temprano, pesaba en la consciencia, el administrador de la fe influía en las decisiones fundamentales, porque tenía acceso a la intimidad del poderoso, donde era viable la manipulación. En otras palabras, el confesor del rey, del valido, del virrey o de cualquiera de alta jerarquía, disfrutaba de la potestad de orientar sus actos, de cambiar sus decisiones,

de favorecer a una persona o de hundirla, si así convenía. En la Nueva España ... la Compañía de Jesús gozaba de esa prerrogativa. De su penetración en las esferas del poder existen pruebas manifiestas. (1998, p. 133).

La iglesia católica, entonces, tuvo en sus manos una especie de moneda más eficaz que el mismo dinero: informaciones privilegiadas. Con esa baza en su poder, engendró un proyecto de chantajes y dominación que estaba pautado en momentos de encantamiento interpolados con otros de terror que eran ejercidos sobre el pueblo. Ella tenía las riendas de la obediencia de las personas a través del miedo que difundía revestido por apocalípticos discursos doctrinarios. De esa eficaz obediencia de los súbditos, el poder civil solo, sin la iglesia, no lograba usufructuar. Las amenazas de punición de la esfera civil, aunque rigurosas, no garantizaban imponer un comportamiento de oveja a los ciudadanos. Por ello, la iglesia era importante, ella tenía más poder de meterles freno a los ciudadanos a eventuales surtos rebeldes. Entonces, la corona desde muy temprano, aun en Europa, se dio cuenta de que formar consorcio con la fe católica no era una cuestión de opción, sino de sobrevivencia para sus gobiernos despóticos.

Aunque sea impactante ilustrar el papel de la iglesia con el término “yugo”, hay que tener en cuenta que, los mencionados recursos utilizados por ella para asegurar su poder, no encontró freno en los diques de la misma ética.

El Santo Oficio de la iglesia católica instituyó tribunales donde se les consideraba necesarios para absolver o condenar personas de forma muchas veces arbitrarias e injustas. Para legitimar tales condenas o indultos indebidos la misma filosofía (en su versión llamada Escolástica) era usada. Esa filosofía funcional, trataba de conciliar razón y fe y era fuerte vehículo de la propagandística católica. Estuvo en boga hasta el siglo XIII, pero aún mucho después del final del Medievo siguió cobrando importancia.

Como ejemplo del uso de la retórica filosófica de manera falaz para lograr beneficios relacionados al poder, se puede apuntar la “Doctrina del bien superior” que afianzaba la casuística con que se juzgaban casos de interés directo de la iglesia, como se verá enseguida.

Cum finis est licitus, etiam media sunt licita

“El fin justifica los medios” es un axioma ampliamente conocido en la cultura occidental que es equivocadamente atribuido por muchos a Maquiavelo porque parece sintetizar en una sola frase la idea de su tratado político intitulado *El Príncipe*, publicado por primera vez en 1531. Entretanto, paradójicamente, el origen de tal razonamiento está en la institución que en sermones predicados por toda América y Europa trató de combatir la inmoralidad y de preservar sobre todo la ética: la iglesia católica.

En un manual de ética, *Medulla theologiae moralis*, publicado por primera vez en 1645, el jesuita Hermann Busenbaum usó la expresión latina *cum finis est licitus, etiam media sunt licita*. Aunque la palabra *licitus*, en asociación con el hecho de el enunciado ser una estructura condicional, parezcan salvar la expresión, ya que los medios solo serán lícitos si los fines fueren lícitos, en la práctica no fue eso lo que pasó. El problema era ¿quién iba a tener el derecho de considerar “lícita” o “ilícita” una acción? Por supuesto que la iglesia, considerada el más incorruptible repositorio moral y ético por aquel entonces. Y de hecho así pasaba, la iglesia juzgaba con justicia en las causas en que su interés directo o indirecto no estuvieran en juego. Pero, cuando el asunto giraba la órbita de los favores a que estaban muy familiarizadas las administraciones clericales, o cuestiones económicas, la ética era distorsionada por torneos retóricos de refinada ingeniería.

La casuística, entonces, basó jurídicamente numerosas decisiones que dieron indultos a delictivos personajes, dignos de severas puniciones: eran las indulgencias, instrumento instituido por la iglesia para comercializar perdones.

Aunque la “Doctrina del bien superior” remonte a Sófocles, ya que el personaje *Electra* tomada por la furia de obtener venganza por la muerte de su padre, no encuentra freno en principios morales y escribe su propia ética

personal que va a cambiar el rumbo de su vida, fue la teología escolástica que la llevó a la maestría e hizo uso práctico de sus principios.

Por lo tanto, el conocido axioma que relaciona fines y medios puede ser considerado el emblema de la pragmática política moderna y es motor de los principios alevosos que la dominan desde hace mucho. Paradójico es conocer que el origen de tal razonamiento esté en la institución que siempre proclamó la rectitud de carácter sobre cualquier artificio arribista. Así, el catolicismo trae el embuste en su ADN.

Red de influencias

La red de influencias y control que los católicos establecieron no dejaba espacio a negociaciones que no se circunscribieran a sus propios términos, o sea, su actuación política era absolutista y solo encontraba freno en el poder monárquico. Pero los dos poderes, en general, vivieron en una constante luna de miel en que uno no solía estorbar los proyectos del otro, excepto en casos extremados.

Llegando al siglo veinte hay aun que tener presente que la iglesia católica, apremiada por su neurosis anticomunista, apoyó de forma muy activa la instauración de dictaduras militares en varios países de Latinoamérica, como por ejemplo en Brasil, con la *Marcha da família com Deus pela Liberdade*, que tuvo su primera realización en 19 de marzo de 1964 y,

asimismo, la fundación del movimiento *Cruzada do rosário pela família* por el sacerdote irlandés Patrick Peyton (FREIRE, 2002, p. 131). Esas acciones pusieron en las calles multitudes de personas e impulsaron el derrumbe del presidente João Goulart en ese año. La actuación católica, aunque convencida de estar protagonizando la salvación de la población contra una “amenaza ateísta”, ayudó la manutención de un período sombrío de nuestra historia reciente en que muchas vidas fueron segadas por la furia autoritaria gubernamental.

Y así se constituyó la historia de Latinoamérica, la historia de una civilización construida a hierro y fuego sobre las ruinas de culturas milenarias aniquiladas por los imperialismos monárquico y eclesiástico.

Y al fin y al cabo, ¿el catolicismo de hecho le dio al indígena un lugar en la sociedad europeizada que se formó en América?, ¿o, más bien, le quitó su lugar que poseía como dueño para luego cederle uno como locatario? Eso es lo que parece que pasa, que somos locatarios de nuestro propio continente, igual a los africanos de Sudáfrica que sufrieron (y sufren, aunque menos hoy) prejuicio racial dentro del continente negro.

No parece despropositado concluir que la Iglesia Católica tuvo un papel en la construcción de la cosmovisión latinoamericana difícil de evaluarse porque si por un lado no dejó de utilizarse de recursos políticos muchas veces

contrarios a lo que sus sermones y discursos dictaminaban en los templos, por otro, muchas veces también se interpuso entre los autóctonos y la crueldad exploratoria europea. El catolicismo, entonces, como más importante constituyente de la personalidad latinoamericana desempeñó doble papel en nuestra construcción social: él fue vilano y héroe, exactamente como nosotros somos hoy, esquizofrénicos, nacidos de una ambigüedad que quizás ya sea nuestra identidad.

REFERÊNCIAS

CASTRO LÓPEZ, Octavio. **Sor Juana Inés de la Cruz y el último de los austrias**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

FREIRE, Américo. *Grandes manifestações políticas no Rio de Janeiro*. **Acervo Biblioteca Nacional**. Assembleia Legislativa do Rio de Janeiro: Rio de Janeiro, 2002.

GONZÁLES, Ondina E. y GONZÁLES, Justo L., **Christianity in Latin America: a history**. Cambridge University Press: Londres, 2008.

PAZ, Octavio. **El labirinto de la soledad**. Penguin Books: Nova Iorque, 1994.

_____. **Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe**. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

PEREIRA AGUIAR, E. M. **Políticas Educativas**. Campinas, v.2, n. 1, p. 54-75, dez. 2008.

NOTAS

ⁱ Doutor em Teoria Literária pela UNESP-Assis. Docente de Literatura Hispano-Americana no DLLEM, Universidade Federal do Rio Grande do Norte.

ⁱⁱ No se conservan los textos autógrafos de los sermones. Los conocemos mediante un resumen que consigna fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*. Cf. primera edición crítica, Transcripción del texto autógrafo por M. A. Medina, fuentes bibliográficas J.A. Barreda, estudio preliminar y análisis crítico I. Pérez Fernández, *Obras Completas* T. 3-5 (Madrid 1994) 5, 1761-1762. Hemos respetado el estilo de Fr. Bartolomé y sólo hemos corregido la grafía, adaptándola a los usos modernos, y la redacción, cuando esta resultaba demasiado abstrusa para el lector no especializado. Disponible en <http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglLA/Montesinos.html>

Recebido em: 11/10/2017.
Aprovado em: 15/11/2017.
Publicado em: 30/01/2018.